

Entrevista a Yanis Varoufakis

8 de febrero de 2021

Revista Derechos en Acción ISSN 2525-1678/ e-ISSN 2525-1686
Año 6/Nº 18, Verano 2020-2021 (21 diciembre a 20 marzo), 888-891
DOI: <https://doi.org/10.24215/25251678e504>

Yanis Varoufakis es un economista griego-australiano. Se desempeñó como ministro de Finanzas en Grecia. Actualmente es miembro del Parlamento griego, líder del Frente Europeo por una Desobediencia realista (MeRA25), cofundador del Movimiento Democracia en Europa 2025 (DiEM25) y de la Internacional Progresista. Es profesor de economía en la Universidad de Atenas (Grecia), profesor honorario de economía política en la Universidad de Sydney (Australia), profesor Honoris Causa de derecho, economía y finanzas en la Universidad de (Italia), profesor visitante de economía política en el Kings College de la Universidad de Londres (Reino Unido).



—¿Considera que la arquitectura financiera internacional cambió desde la última crisis en 2008 hasta la actual crisis pandémica? ¿Se ha incorporado una mirada progresista al discurso o en las recomendaciones de políticas?

—Imaginar que el 2008 concluyó es un error. Los bancos centrales introdujeron liquidez suficiente para suavizar esa crisis y reflotar el sector financiero occidental, pero de manera simultánea los gobiernos aplicaron una profunda austeridad. El resultado fue un exceso de ahorros acumulados en detrimento de la inversión y, por lo tanto, estancamiento para la

mayoría mientras la oligarquía financierizada nadaba en dinero. Entonces llegó la COVID-19 e hizo que los bancos centrales imprimieran aún más dinero mientras los gobiernos intentaban prevenir un nuevo colapso de la inversión y la demanda. En otras palabras, la COVID-19 empeoró la crisis preexistente que empezó en 2008. En este contexto, la Unión Europea no hizo nada que contribuyera a que la mayoría recuperara la capacidad de gasto que tenía antes del 2008. Y en el caso de los Estados Unidos, las promesas de estímulos de Biden para restaurar el pleno empleo, dada su estructura, no lograrán revertir el daño permanente infligido a las personas más vulnerables, así como tampoco ayudará a la clase trabajadora más pobre.

—¿Qué rol tiene la disputa intelectual a la hora de vincular las políticas económicas con el cumplimiento de los derechos humanos? ¿El FMI intercede en esa disputa?

—Ninguno. Quienes elaboran e implementan las políticas económicas son completamente ajenos a las necesidades o derechos humanos. El FMI, desde que concluyó Bretton Woods, se transformó en un sheriff internacional que trabaja a tiempo completo en nombre de los banqueros de Occidente. Incluso cuando dicen lo correcto (como por ejemplo cuando se pronunciaron a favor de condonarle la deuda a Grecia o de un estímulo fiscal global durante la pandemia), sus palabras no se traducen en ninguna acción tangible: los funcionarios del FMI toman decisiones, siempre a puertas cerradas, sobre los diferentes acuerdos de préstamos con países que solicitan la ayuda del FMI. Detrás de esas puertas, los funcionarios del FMI siguen insistiendo con políticas que sirven a los intereses de una oligarquía sin fronteras.

—¿Qué podría pasarle a un país como Argentina si decidiera no aceptar las condiciones del FMI? ¿Se nos caerá el cielo encima a los y las argentinas?

—La historia ha demostrado que rechazar las condiciones del FMI y reducir la deuda de manera unilateral funciona mucho

mejor que seguir pidiendo préstamos al FMI bajo condiciones que garantizan la interminable contracción de la economía social de Argentina.

—La experiencia griega nos enseñó que la participación democrática directa en cuestiones económicas —mediante una consulta popular, por ejemplo— no garantiza que los gobiernos respondan a la voluntad popular. ¿Cómo podemos impulsar una democracia real en la que los responsables de las decisiones macroeconómicas tengan que rendir cuenta por ellas?

—No hay garantías para una política progresista. Solo oportunidades. La consulta popular de julio del 2015 le brindó al pueblo de Grecia una magnífica oportunidad para escapar de la cárcel de los deudores. El modo en que Tsipras derrocó la voluntad del pueblo en la noche de la consulta popular que él mismo había convocado destaca la importancia de tener por líder a alguien que diga lo que es y sea lo que dice. Eso requiere partidos políticos donde los y las líderes estén al servicio del pueblo, y no al revés.

—Usted ha argumentado de manera sostenida a favor de cambios radicales en la arquitectura financiera internacional. ¿Qué reformas son las más urgentes para abordar la crisis de salud pública y una recuperación económica que proteja los derechos humanos?

—Eliminar al intermediario, es decir, al banquero privado que está entre los bancos centrales y la gente. En la actualidad, los bancos centrales imprimen dinero, luego se lo prestan a los banqueros privados quienes, después, se lo prestan a las corporaciones. Estas toman el dinero y vuelven a comprar sus propias acciones. Por tanto, el dinero impreso por el Estado se desperdicia en incrementar los salarios corporativos, la riqueza oligárquica y una desigualdad devastadora.

—En el caso que fuera posible, ¿cómo cree que los países deudores podrían construir alianzas para generar un cambio en las IFI? ¿Es posible ampliar esas alianzas hacia algunos países acreedores? Si es así, ¿en torno a qué cuestiones y valores podrían articularse?

—Claro que sí. Pero, primero, en las elecciones tanto de los países deudores como de los acreedores deberían ganar auténticos progresistas. ¡Tenemos mucho trabajo por hacer!